

Escenarios de terror

Karina Romero Reza
El Colegio de Chihuahua
ORCID: 0000-0001-8667-9672

Alejandro G. Iñárritu, *Carne y arena (virtually present, physicalli invisible)*, Craneway Pavillion, Richmond, California, 29 de diciembre de 2022.



EL 20 DE DICIEMBRE DE 2022 tuve que cruzar hacia la ciudad de El Paso por el Puente Internacional Santa Fe, ubicado en el centro de Ciudad Juárez. Lo hice caminando; me tomó una hora y quince minutos llegar hasta donde los agentes de *Customs and Border Protection* (CBP) revisan los pasaportes y visas.

Justo antes de entrar al edificio donde se encuentran esos puntos de reconocimiento desvié mi mirada hacia el lado derecho, por encima de mi hombro, y lo que vi me provocó escalofrío. Era un contenedor de basura, de los grandes, lleno hasta el tope con mochilas. Supe en ese momento que se trataba de las mochilas de los migrantes que cruzan o se entregan a diario a los agentes de la Patrulla Fronteriza. No solamente había mochilas, algunas muy nuevas, otras muy usadas, todas



llenas de cosas, de recuerdos, de ropa, de artículos de limpieza de esa gente que ha viajado cientos, quizá miles de kilómetros para arribar a la entrada a los Estados Unidos. Había además cobijas casi nuevas, para bebés.

Ver todos esos objetos personales que les fueron retirados a sus dueños, los migrantes confinados en ese centro de detención del Puente Santa Fe, me dejó sin aliento, preocupada, pues se trata de un despojo de identidades y de sentimientos para someterlos a un nuevo régimen de vigilancia y control para después posiblemente regresarlos por donde vinieron.

Como habitante de una ciudad fronteriza entre México y Estados Unidos, Ciudad Juárez, me ha tocado ver en innumerables ocasiones el paso de migrantes de un país a otro, de sur a norte y de norte a sur; a estos últimos cuando regresan a México por su voluntad o por la fuerza. Cruzan por el puente Santa Fe-Paso del Norte y aunque es un tránsito muy diferente al que se hace atravesando el desierto entre Sonora y Arizona, también es peligroso y deshumanizador por muchos otros aspectos que tienen que ver con la falta de preparación de los gobiernos municipal y estatal para atender a tanta gente, con la inseguridad por la que pasan los migrantes cuando llegan a ciudades tan peligrosas y con las muchas necesidades que tienen que enfrentar las personas en movilidad.

La experiencia que tuve al llegar al lugar donde la instalación de González Iñárritu se llevaba a cabo fue

una mezcla de sentimientos de diversa índole. Primero, estaba en otro país y en otra ciudad, diferentes a los míos. Aunque con un estatus de migrante con permiso para vacacionar, me sentí una migrante vigilada. Para poder entrar a ver la instalación había que leer una responsiva donde se advertía que, si nos sucedía algo una vez estando dentro, sería nuestra responsabilidad. La firmamos mi amiga Cynthia y yo; luego esperamos unos veinte minutos para que nos permitieran pasar. Durante la espera mi mente comenzó a preguntarse qué pudiera sucedernos ahí dentro para que la sede expositora buscara de inicio su exoneración por ello. Me puse un poco nerviosa, pero finalmente la señorita que atendía se acercó a nosotras y nos hizo saber que era nuestro turno de pasar. Solamente había un inconveniente, pasaríamos de una en una, no podíamos hacerlo las dos juntas. Mi amiga me señaló a mí para iniciar la visita y accedí a pasar primero.

Entré a la primera habitación, una pequeña, muy fría, como si fuera una hielera. Había zapatos usados tirados por todo el cuarto, los zapatos eran de hombre, de mujer, de niños, de todas las tallas, eso me provocó mayor enfriamiento que el de la temperatura que se sentía en la habitación. Leí los cartelones que estaban pegados en una de las paredes y uno decía que los objetos que estaban ahí eran reales, de personas que habían cruzado la frontera por el desierto. El segundo cartel anunciaba que había



que quitarnos los zapatos y los calcetines y dejarlos en una pequeña puertita y cuando se encendiera la luz roja deberíamos avanzar a la siguiente sala, descalzas.

Así lo hice, llena de incertidumbre por lo que seguía. Me descalcé, metí zapatos y calcetines a la puertita de metal, se encendió el foco rojo, se abrió una puerta y salí de ese primer cuarto frío hacia uno más amplio, muy oscuro. El piso era pura arena gruesa, con piedras grandes, caminé dando tumbos porque pisé varias de esas piedras y me lastimaron las plantas de los pies; justo en medio de esa sala estaba un chico que me recibió diciéndome “Hello, welcome to the exhibition. Walk through here please. I’m going to put you some equipment: a bag, a pair of glasses and a helmet, please don’t run and don’t walk backwards”. Dicho lo anterior me puso el equipo y una vez que le indiqué que estaba lista, comencé a ver las imágenes de realidad virtual de una escena escalofriante.

Comenzó la proyección y me transporté inmediatamente a ese lugar. Era un grupo de migrantes, hombres, mujeres, grandes y jóvenes, niños, corriendo por el desierto, algunos descalzos, otros con zapatos, gritando, llorando, pidiendo ayuda, una de las señoras colapsó y se quedó tirada en la arena. Mi primer impulso fue el de inmediatamente salir corriendo a ayudarle, recuerdo que extendí la mano para tocarla, pero en eso recordé que estaba en una escena de realidad virtual. ¡Todo se sentía tan real! En ese

momento voltéé la mirada hacia la derecha y vi que se acercaba a toda velocidad una camioneta de la *Border Patrol*. Me hice a un lado porque pensé que me iba a atropellar. Se bajaron varios agentes gritando, siempre en inglés: “¡Get down! ¡Put your hands on your head! ¡I said put your hands on your head!”. En ese momento levanté las manos y las puse atrás de mi cabeza. Una vez más olvidé que estaba en una escena de realidad virtual.

Lo que siguió después fue caos, gritos, llantos, el sonido y las luces de un helicóptero encima de nosotros —de ellos—, los agentes de la Patrulla Fronteriza con armas largas apuntándonos o apuntando con esas armas a las personas del grupo de migrantes a quienes sometían, un par de feroces agentes caninos queriendo soltarse de sus correas para atacarnos, todo se sentía tan real que por momentos se me olvidaba que yo no estaba en esa escena. Sin embargo, mi corazón latía aceleradamente, los ojos se me llenaron de lágrimas y el sentimiento de incertidumbre que sentí al inicio, antes de entrar a la exhibición, se transformó en enojo. Aproximadamente siete minutos es la duración de esa escena a la que fuimos transportadas virtualmente, aunque para mí fue una escena muy cercana.

El trabajo etnográfico que hicieron los miembros del equipo de investigación de González Iñárritu es excelente. Localizaron a un grupo de migrantes que cruzaron por el desierto y todos y cada uno de ellos accedieron a contar su historia de los momentos y ex-



perencias que vivieron en su travesía por el desierto. Con esos testimonios pudieron recrear la escena anterior. También entrevistaron a un miembro de la Patrulla Fronteriza, ahora jubilado, quien accedió a dar su testimonio y de una manera muy vívida narró una experiencia en la que ayudó a revivir a varios miembros de un grupo que fue abandonado en el desierto de Arizona por los “polleros”; varios migrantes sufrieron deshidratación extrema y él los revivió poniéndoles hielo entre las piernas y en las axilas, hasta que la ayuda médica llegó para llevarlos a un hospital. Mencionó que después de vivir esas experiencias con los migrantes se hizo más empático con el dolor y con la esperanza de llegar a un país en donde tener una vida mejor.

Esta instalación ideada y llevada a cabo por González Iñárritu y un grupo de talentosos artistas busca dar voz a esas personas que a diario salen de sus países para buscar lugares con mejores condiciones de vida y lo hace de la forma en que un cineasta sabe y puede hacerlo: mediante los elementos creativos y tecnológicos que suele utilizar para recrear una historia de ficción, pero convirtiendo un episodio desgarrador de la vida real, de la no ficción, en una exposición que supera todas las expectativas.

La fotografía y efectos especiales de la instalación *Carne y arena* estuvieron a cargo de Emanuel el “Chivo” Lubezki. Una experiencia aterradoramente real...



Fotografía 1. Migrantes esperando cruzar el Río Bravo para entregarse a la Patrulla Fronteriza, a un lado del Puente Internacional Santa Fe en el centro de Ciudad Juárez (imagen de Karina Romero, 6 de enero de 2023).